

EMAD / ESCUELA METROPOLITANA DE ARTE DRAMÁTICO
CARRERA DE FORMACIÓN DEL ACTOR / ACTRIZ.
INGRESO 2026

TEXTOS PARA INSTANCIA FINAL.

- 1) El aspirante elegirá un texto y presentará un trabajo escénico unipersonal de no más de 4 minutos, que incluya el texto dado. La mesa de examen estará habilitada para interrumpir el ejercicio y/o solicitar otra ejercitación que considere necesaria para una mejor evaluación.
- 2) Si el monólogo sugiere un género de personaje, éste puede ser modificado por quien quiera interpretarlo.
- 3) El trabajo es totalmente libre en su construcción y diseño (pueden utilizarse elementos de escenografía, música, vestuario, luces, etc).

Textos a elegir¹:

Estaba en casa y esperaba que llegara la lluvia. De Jean-Luc Lagarce

Esperaba.

¿No estuve siempre esperando?

Y en mi cabeza, todavía, pensaba eso: ¿no estuve siempre esperando? y eso me hizo sonreír, verme así.

Miraba el camino y pensaba también, como pienso a menudo, al atardecer, cuando estoy en el umbral de la puerta y que espero que llegue la lluvia, pensaba una vez más en los años que habíamos vivido ahí, todos estos años así, nosotras, ustedes y yo, las cinco, como estamos siempre y como siempre estuvimos, pensaba en eso, todos estos años que habíamos vivido y que habíamos perdido, porque los perdimos, todos estos años que habíamos pasado esperándolo, a él, el joven hermano, desde que se fue, huyó, nos abandonó, desde que su padre lo echó, hoy, este preciso día, pensaba en eso, en este preciso día, pensaba en eso, todos estos años que perdimos por no movernos más, esperando en fin.

Y ahí de nuevo, quizás, me puse, una vez más, a sonreír de mí misma, al verme así, al imaginarme así, y sonreír así de mí misma me llevó hacia el borde de las lágrimas, y tuve miedo de hundirme allí todos estos años que habíamos vivido esperando y habíamos perdido también no haciendo otra cosa que esperar y no obtener nada, nunca, y no tener otro fin que ese, y pensaba, en este preciso día, sí, en el tiempo que ya hubiera podido pasar

¹ Algunos textos fueron adaptados con fines pedagógicos.

lejos de acá, en huir, en el tiempo que hubiera podido pasar en otra vida, otro mundo, la idea que me hago de eso, sola, sin ustedes, las otras, ahí, sin ustedes mismas, todas ustedes, todo este tiempo que hubiera podido vivir de otro modo, simplemente, sin esperar, no esperarlo más, en moverme de mí misma.

El día que ella dijo que había matado al perro agarré el auto. De *Giuliana Kiersz*.

El día que ella dijo que había matado al perro agarré el auto. Agarré el auto la ruta el volante la ruta el volante. Me fui de la ciudad. Compré un perro en la feria de domingo de algún lugar fuera de la ciudad. Negro, petiso y feo. Estoy en una plaza. Hay mucho sol. Ella, a 123 kilómetros 1 hora 23 minutos llamándome. El sol me pega en la cara y me duele la panza. El perro negro, petiso y feo está sentado a mi derecha en los adoquines de la plaza. Mueve la cola. Me mira. No lo quiero mirar. Siento vergüenza. Lo agarro lo llevo al auto lo subo al auto. Voy en la ruta con el perro arriba del auto arriba del asfalto en la tierra desde algún lugar a Ciudad de Buenos Aires. El sol el asfalto la ruta el sol el volante el asfalto. Me suena el celular. Sigue sonando. Muevo el volante rápido. Casi mato a un tipo. Freno. No lo mato. Casi mato a un tipo. Paro el auto a un costado de la ruta. (...) Me suena el celular. Mi perro y yo cantamos el nuevo ringtone. Es una canción en inglés. Nos gusta pronunciar en inglés cantar en inglés. Ahora somos felices. El cielo está tranquilo. Algo flota allá afuera, me dice mi perro. Veo algo que flota afuera allá afuera. Me acerco. Mi perro negro, petiso y feo baja del auto y corre por el pasto seco hacia aquello que flota. Bajo del auto. No te vayas, grito. Lo sigo corriendo. Me suena el celular. Agarro el celular. Tiro el celular. Sigue sonando el celular. Mi perro corre hacia eso que flota la mancha negra recortada en el cielo que parece un agujero negro. Bajo la mancha, una vaca. Corro. Me acerco. Hay viento. Grito y no me escucho. Grito más fuerte. La vaca, me mira. Muge. No hay otras vacas no hay otras manchas no veo a mi perro. Mi perro no está. Mi perro no está más en este mundo. Me acerco a la vaca. Me subo a la vaca. Siento el cuero de su lomo bajo mi zapato de goma. Muge. Me enfrento a la mancha negra agujero negro que flota. Entro. A los lejos creo ver desaparecer el sol creo escuchar mugir a la vaca sobre la que me subí antes de desaparecer de este mundo.

La vida terrenal. De Santiago Loza.

Esto que ustedes van a ver es mi cuerpo terrestre.

Así. Con la rr entreverada.

Mi cuerpo terrestre.

Ahora lo miran. Si quieren voy pasando delante de cada uno para que lo miren bien.

Puede ser que no les llame demasiado la atención. Al principio uno no se da cuenta de la diferencia. Es comparando... pero para comparar hay que tener el otro cuerpo al lado.

Y ustedes no conocen mi otro cuerpo.

Yo tuve otro cuerpo.

Un cuerpo no terrestre.
Aclaro desde el vamos para no tener que aclararlo siempre que lo nombre.
Desde ahora voy a decir “el otro” ... eso quiere decir “el otro cuerpo”... o sea que quiere decir “el cuerpo que tenía”...
Ustedes dirán ¿cuándo tuviste otro cuerpo?
Yo se los voy a contestar.
Lo tuve y punto.
Un cuerpo que ustedes no reconocerían como cuerpo.
Ustedes solo reconocen los cuerpos ortodoxos.
(...) Estoy acá. Cualquier susto que tengan levantan la mano.
Si levantan la mano yo me detengo.
Dejo de hablar. Hago abandono de relato.
Puede ser que las cosas que cuente de acá en más, les genere cierto tipo de miedo.
El miedo es una sustancia de mi cuerpo terrestre.
El cuerpo anterior no tenía miedo. Se los digo para que puedan entender la diferencia.
Imaginen ustedes una vida sin miedo. No, ya sé... ustedes no pueden imaginar tal cosa.
Repito, al menor espanto, levanten la mano y me corto en seco.
Me quedo muda y lo dejamos para otro día.
Pero no tengan miedo. Yo los voy a guiar en esto.
Dejen que los lleve conmigo. A dónde voy. Y ahora que lo dije... que pronuncié las palabras “a donde voy” ... hago una última aclaración: Voy a ninguna parte.
Desde dónde vengo... no quiero confundirlos... desde donde vengo no es precisamente un lugar, ni un estado de la conciencia, ni un continente... desde donde vengo es otra cosa... pero ustedes los humanos entrarían en pánico si lo supieran.

Las chicas están bien. (Film. Itsaso Arana).

Esta es la primera vez que me declaro a alguien. Y pensé, no pasa nada. Me gustas, sin importar si yo te gusto a vos. Me gusta la idea de que existís en el mundo. Eso me alcanza. No me vas a gustar menos si me rechazas. Me va a entristecer mucho, pero eso no te hace a vos peor persona. Se que puede pasar, puedo no gustarte. Está bien no depender de tu mirada porque estoy un poco cansada de depender de la mirada de los demás. No quiero más eso. Y mira, ahora que lo estoy pensando, va a ser mejor si no te gusto, porque eso va a significar que el amor es completamente mío y no una respuesta a tu mirada. ¿Me explico? ¿Sabés qué pasa? Durante mucho tiempo, yo preferí la literatura antes que la vida, la ficción antes que la vida, la fantasía antes que la vida y ahora ya no. Y eso que en la fantasía soy muy buena, de verdad que soy muy buena. Yo siempre corro en la dirección contraria a la realidad con una fuerza fascinante. Yo le huyo a la realidad como a la muerte. Pero mira, ahora quiero un amor real con vos. Y bueno, esto no significa que... Digo, no tenés la obligación de responderme, ¿sí? Soy yo la que está saltando al abismo porque quiero.

Tacones lejanos (Film. Pedro Almodóvar).

¿Viste Sonata de Otoño? Es la historia de una famosa pianista que tiene una hija muy mediocre. Una historia como la nuestra. Un día la madre va a visitar a la hija, ya casada, que también es aficionada al piano. Después de comer la madre le pide que interprete algo para ella. La hija no quiere...pero la madre insiste tanto que termina aceptando y toca muy nerviosa un preludio de Chopin. Cuando termina, la madre, por compromiso le dice que lo hizo muy bien, pero no puede evitar sentarse en el piano para darle algunos consejos. Y no hay nada más humillante para la hija que escuchar esos consejos. Porque la mamá le está diciendo: 'sos un desastre. ¿Cómo te atreves a poner tus dedos sobre esta partitura tan sublime? ¿Cómo podés pensar que mi sensibilidad lo va a poder soportar? Sos demasiado vulgar para imitar al menos uno de mis gestos en el piano. ¡No naciste para esto y aunque ensayes millones de años, nunca vas a conseguir ser una pálida sombra de lo que yo soy! ¡Tu imitación no es un homenaje, sino un insulto!'

Me pasé la vida imitándote, mamá. ¡Desde que crecí que intento competir con vos en todo y sin ningún éxito! ¡Sólo una vez conseguí ganarte, una! ¡Con Manuel!

Yo me casé con él. No vos. ¡Pero tuviste que venir para demostrarme que podías sacármelo, si querías! ¡Yo lo sabía, pero tuviste que demostrármelo!

Un campo de batalla. De Mariela Asensio.

Bailemos antes del fin.

Antes de que nos fulmine un rayo o el cáncer.

Bailemos antes de que los mares arrasen con todo.

Antes del cuchillazo final.

Antes de la fatalidad.

Que el amanecer nos encuentre bailando.

Bailemos Antes del accidente. Antes del suicidio y del asesinato

Antes de ser atacados por la espalda. Traicionados por el aburrimiento. Con todos los cataclismos pisándonos los talones. bailemos.

Antes de ahogarnos en nuestro propio llanto.

Bailemos como si se acabara el mundo al morirse la música.

Bailemos como si fuese esta noche la última vez.

Por favor. Por piedad. Por simple necesidad. Bailemos.

Antes de que todo arda. Bailemos sin despedirnos. Sin conocernos aún. Bailemos.

Convalecientes. Enfermos de soledad.

Bailemos perdiendo la última batalla de esta guerra inútil. Victoriosos en la derrota.

Orgullosos de arrastrar los pies al ritmo mientras todo se derrumba.

Por favor te ruego que bailemos

Inmóviles. Inciertos

Heridos de muerte.

Sin esperanza alguna Bailemos. Con esperanza baila cualquiera.

Algo de ruido hace. De Romina Paula.

Blanca estaba, toda blanca. Y de linda ... En la cara le daba la luz, toda brillante y con los labios bien rojos. Así la vi. Es lo más quieto que vi en toda mi vida. Lo más quieto. Nada vivo está tan quieto. Algo dormido no está tan quieto. Esto era de un quieto que no existe en el mundo. Vivo. En el mundo vivo. Y ella era ella pero ya no era ella. Algo de lo que hacía que ella fuera ella se había ido. Ya no estaba. Cuando me desperté, creo que me desperté por el silencio que había, nunca había oído tanto silencio, porque lo que está vivo hace algún ruido, algo de ruido hace aunque sea minúsculo, aunque sea eso. Me desperté porque no había ningún ruido. No hacía ningún ruido. No había sonido. Ese vacío me despertó. Ahí vi como le daba el sol en la cara y ella que no se movía. No quería moverse. No podía. Me quedé mirándola. No quería tocarla primero. Tenía miedo porque era algo que no conocía. Otra cosa. Ya no era ella, ya no era mi mamá. Era otra cosa, ya era otra cosa. La miré mucho, mucho tuve que mirarla, hasta que me acostumbré a cómo era, a cómo era su forma nueva, a cómo iba a hacer ahora y entonces puede tocarla. Le toque la mano, solo la mano le toqué y estaba tan fría... Tan fría y quieta. Hacía calor, pero ella estaba fría. Y quieta. Su mano pesaba, la tuve en la mía, después, después de un rato le di un beso, le di un beso en la mejilla. Ya no tenía olor. Se había quedado sin olor. Dije chau, Ma, te quiero, siempre te voy a querer, como para adentro, y vine abajo. Y me senté acá. Acá me senté.

Antes del amanecer. (Film. Richard Linklater).

Imaginate dentro de 10 o 20 años. Estás casada, y tu matrimonio no tiene la misma emoción que antes. Le hechas la culpa a tu marido y te pones a pensar en todos los chicos que conociste en tu vida y te preguntas qué hubiera pasado si hubieses terminado saliendo con uno de ellos. Bueno, yo soy uno de ellos. Yo mismo, ¿ves? Así que ahora no te queda otra que venir conmigo. ¡Dale! ¡Vamos!

Planteate esto como un viaje en el tiempo desde ese futuro hasta ahora, para saber lo que te perdiste o no. ¿Venís? Dale, es sólo pasar lo que queda del día, juntos.

Pensa que esto puede ser un favor enorme para vos y tu futuro marido, puede que de hoy te quede el recuerdo de que no te perdiste de nada, puede que compruebes que soy otro perdedor, como lo va a ser tu marido en plena crisis, sin motivación y totalmente aburrido. Así y todo, vas a recordar este día que pasamos juntos y vas a pensar que hiciste una buena

elección y que al final sos muy feliz con él, con tu marido...o no, quizás todo lo contrario. Pero, para eso tenés que comprobarlo. ¡Vamos!

El carrito. De César Aira.

Uno de los carritos de un gran supermercado del barrio donde yo vivía rodaba solo, sin que nadie lo empujara. Tan igual era a todos los demás que no se lo distinguía por nada. Era un supermercado enorme, el más grande del barrio, y el más concurrido, así que tenía más de doscientos carritos. Pero el que digo era el único que se movía por sí mismo. Lo hacía con infinita discreción: en el vértigo que dominaba el establecimiento desde que abría hasta que cerraba, y no hablemos de las horas pico, su movimiento pasaba inadvertido. Lo usaban como a todos los demás, lo cargaban de comida, bebidas y artículos de limpieza, lo descargaban en las cajas, lo empujaban de prisa de góndola en góndola, y si en algún momento lo soltaban y lo veían deslizarse un milímetro o dos, creían que era por la inercia. Yo fui el único en descubrirlo, creo. O más bien, estoy seguro: la atención es un bien escaso entre los humanos, y en este asunto se necesitaba mucha. No se lo dije a nadie, porque se parecía demasiado a una de esas fantasías que se me suelen ocurrir, que me han hecho fama de loco. De tantos años de ir a hacer las compras a ese lugar, aprendí a reconocerlo, a mi carrito, por una pequeña muesca que tenía en la barra; salvo que no tenía que mirar la muesca, porque ya de lejos algo me indicaba que era él. Un soplo de alegría y confianza me recorría al identificarlo.

Lo consideraba una especie de amigo, un objeto amigo. Me gustaba imaginármelo en la soledad y el silencio de la medianoche, rodando lentísimo en la penumbra, como un pequeño barco agujereado que partía en busca de aventuras, de conocimiento, de amor (¿por qué no?). (...) Creo que me identificaba con él, y creo que por esa identificación lo había descubierto. Con estos antecedentes, podrá imaginarse mi sorpresa cuando oí lo que dijo. Sus palabras me atravesaron como una lanza de hielo y me hicieron reconsiderar toda la situación, empezando por la simpatía que me unía al carrito, y hasta la simpatía que me unía a mí mismo. El hecho de que hablara no me sorprendió en sí mismo, porque lo esperaba. De pronto sentí que nuestra relación había madurado hasta el nivel del signo lingüístico. Supe que había llegado el momento de que me dijera algo (por ejemplo, que me admiraba y me quería y que estaba de mi parte), y me incliné a su lado simulando atarme los cordones de los zapatos, de modo de poner la oreja contra el enrejado de alambre de su costado, y entonces pude oír su voz, en un susurro que venía del reverso del mundo y aun así sonaba perfectamente claro y articulado:

—Yo soy el Mal.

La guerra de los gimnasios. De Cesar Aira.

En medio de la guerra de gimnasios de Flores, en una fase en la que el gimnasio Chin Fú estaba llevando la peor parte, cayó a éste alguien con el inocente propósito personal de mejorar su aspecto físico. No porque lo necesitara visiblemente: era un muchacho de unos veinte años, un rubio de aspecto corriente, ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco, ni lindo ni feo.

Se llamaba Ferdie Calvino. Lo que quería, le dijo a Mary, la recepcionista, después de llenar la ficha y pagar la matrícula, y lo que minutos después le repitió a Julio, el instructor de turno a esa hora, era perfeccionar su cuerpo de modo que provocara “miedo a los hombres y deseo a las mujeres”. Así de simples eran sus intenciones. (...)

-Dejalo ahí –dijo señalando vagamente un rincón; Ferdie traía el bolso con la ropa, porque no tenía candado para dejarlo en un cofre.

Charlaron un momento de antecedentes, hábitos, horarios y expectativas. Fue entonces que Ferdie repitió su pequeña frase. El profesor no hizo comentarios. Acto seguido lo hizo subir a una de las bicicletas fijas; le puso un electrodo en el lóbulo de la oreja, otro en el cuello de la camiseta, y lo ayudó a meter los pies en los estribos de los pedales. Le explicó sumariamente cómo funcionaba, y la puso en marcha: los números se encendían al tocar con la punta del dedo las pequeñas pantallas. El tablero comenzó a parpadear y los números a correr... Era como avanzar contra un viento que creciera...

A pesar de los ruidos y las voces y la música, había una especie de gran silencio. El corazón de Ferdie, que pedaleaba sostenidamente, comenzó a trabajar. Su mirada se perdía en las diez mil varas de metal verde cruzadas de travesaños que ocupaban todo el largo del salón frente a él, con un mazo de pesas subiendo y bajando aquí y allá. Al fondo, los vidrios, y al otro lado la terraza y el cielo, el sol poniente en medio de un rosa sin destino. Adentro estaban encendidos los tubos blancos en el techo, pero a esa hora la luz del crepúsculo entraba en una horizontal perfecta hasta el fondo y anulaba el fluor.

-Bzzzz, bzzzz.

La luz era el viento que le daba a Ferdie en la cara y lo clavaba en su sitio.

Hoy temprano. De Pedro Mairal.

Salimos temprano. Papá tiene un Peugeot 404 bordó, recién comprado. Yo me trepo a la luneta trasera y me acuesto ahí a lo largo. Voy cómodo. Me gusta quedarme contra el vidrio de atrás porque puedo dormir. Siempre estoy contento de ir a pasar el fin de semana a la quinta, porque en el departamento del centro, durante la semana, lo único que hago es patear una pelota de tenis en el patio del pozo de aire y luz que está sobre el garaje, un patio entre cuatro paredes medianeras altísimas y sucias por el hollín de los incineradores. El viaje a la quinta me saca de ese pozo.

El viaje es larguísimo. Sobre todo cuando no están sincronizados los semáforos. Nos peleamos por la ventana, ninguno de los tres quiere sentarse en el medio. En la General Paz nos turnamos para sacar la cabeza por la ventana con las antiparras de agua de Vicky, para que no nos lloren los ojos por el viento. Papá y mamá no dicen nada. Salvo cuando pasamos por la policía, ahí hay que sentarse derechos y estar callados.

Cuando ya tenemos el Renault 12, a Miguel se le vuela por la ventana medio pilón de figuritas de Titanes en el Ring y papá frena en la banquina para juntarlas porque Miguel grita como un enloquecido. Yo veo de repente que se nos acercan dos soldados apuntándonos con la metralleta, diciendo que estamos en zona militar. Le hacen preguntas

a papá, lo palpan de armas, le revisan los documentos y después tenemos que seguir viaje sin juntar las figuritas.

Cuando terminan el primer tramo de la autopista y ponen el peaje, el tráfico avanza mejor. Vicky va por su cuenta, con amigas que tienen auto. Papá ya casi no viene. (...)

El auto es más rápido y todo el tiempo parece que estamos por llegar. Sobre todo cuando empiezo a manejar yo, que aumento la velocidad sin que mamá se dé cuenta porque viene tranquila en el asiento del acompañante mirándose en el espejo su último lifting, que le tira la piel para atrás como si fuera un efecto de la aceleración. Después, cuando muere papá, mamá prefiere que maneje Miguel, que volvió como el hijo pródigo, porque Vicky ya está viviendo en Boston. Para mí la ruta se empieza a enrarecer porque manejo el Taunus amarillo del padre del Chino, en el que dejamos cerradas las ventanas, no por miedo a que nos roben sino para que el humo de la marihuana no pierda densidad. Escuchamos Wild horses y hay momentos casi espirituales en los que la velocidad total de la ruta parece cobrar una lentitud serena en el paisaje enorme y chato.

Los avatares. De Juan Andrés Romanazzi.

Mi mamá, al año que nací me dejaba largas horas a solas para ver si podía aguantar el llanto, si podía sobrellevarlo. “Nacer ya es trabajar” decía. Y de ahí, sola siempre. (...) Nada de queja, ni de hacerme la sufrida. Preferí siempre curtirme el cuerpo que andar sintiendo para adentro. “Nacer ya es trabajar”... Cuando tu abuela se enfermó, y mirá que tuve tiempo para recriminar, o hacerme la ofendida, o hacerle mal.. (se detiene) Pero nada. El día que se murió, un rato antes de que deje de respirar le apreté fuerte los cachetes con mis manos, le hice doler para que me sintiera, para que al fin sintiera algo por mí y le agradecí. “Gracias por enseñarme a poder sola, mamá” le dije. Una y otra vez. Todavía siento el calor de su piel mientras la apretaba, ella me sonrió así con esa misma sonrisa tuya, con el mismo arco ese que se te arma arriba de los colmillos. Siento todos los días de mi vida: las lágrimas de ella corriéndose por mis manos, y las lágrimas mías no queriendo salir. Fueron muchos años sin hablar... pero ese día pude hablarle, agradecerle, pedirle. Pero nunca nunca, creo estar recordando bien, nunca le recriminé nada, ni le pedí nada. Ni me hice sentir, yo. Porque sabía que ella estaba haciendo lo que podía... (...) Esto también me dice la psicóloga que no te lo tengo que decir. Ay, ya sé que me tengo que quedar callada a veces. Pero no puedo. No sé hacerlo en la vida, menos voy a hacerlo con vos. Que sos mi nudo más apretado (silencio) ¿Sabés? Desde chiquita vengo pensando en vos. Sí, de chiquita pensaba en el día que vos nacieras. O sea, no en vos precisamente... desde chiquita pensaba en ser mamá. Y pensaba en cuando tuviera una hija. Que ahí se me iba a completar todo. Y sabía que la iba a llenar de todo lo que me faltó. Y cuando naciste... ¿qué iba a hacer? ¿Dejarte vacíos como hicieron conmigo? Me hablás de las otras mamás, pero las otras mamás no saben, están distraídas. Y a las otras mamás seguro no les costó tanto tener a la hija que soñaron como a mí. No saben valorar. (Silencio) No sé qué es lo que hago mal. Ni la psicóloga me lo sabe decir. Estoy siempre para vos. Siempre que tengas de todo. Siempre cerca tuyo. Ni un instante a solas creo haberte dejado. Y ahora que no se puede salir a la calle, pensé que íbamos a estar más juntas, que te iba a servir, para estar más tranquila, para estar más

conmigo, para recapacitar. Para hablar y contarme por qué. Pero lo contrario. No sé cómo hablarte, ni qué decirte, ni qué más darte ya.. ¿Qué querrías? ¿Que fuese como mi mamá, que te dejara para que aprendieras todo sola?

Las amigas. De Aurora Venturini

(...) y soy Yuna Riglos y les ruego que si recuerdan mi natural apellido bah... Sigo de la fatiga con los suspensivos y salgo un momento al patio de mi departamento del centro de La Plata a respirar un poco de oxígeno. Se acordarán y aguanten si no son violentos o demasiado diré neuróticos o algo así porque sentirán un ramalazo de emoción y seguro ya se han enterado de qué bien me fue con los cuadros que hasta en China y Europa se vendieron aunque con algo de pena ignoro si se vendieron por sus valores intrínsecos o por la firma Riglos y ahí siento ganas de hacer la prueba y firmar aunque sea uno con mi apellido vulgar de entrecasa a ver qué pasa y por ahí lo vendo y puedo quitarme el antifaz que hace demasiado llevo y ya está incrustado en mi ánima.

Pero no me gusta jugar con la suerte porque soy muy supersticiosa. ¿Y si con el apellido de entrecasa se me derrumba todo lo conseguido resultando ser un mero sueño y entonces lo único que queda es un resto de la mujer desgraciada y pobre que nunca subió ni medio escalón en la escala social y que para colmo de males se llama López? Ay por favor no lean este renglón de maleficio bórrenlo o pásenlo por alto.

Lo que no he podido borrar ni pasar por alto son los días que así como los signos ortográficos se me han abullonado bajo la piel gastada que ya me hice operar varias veces por la doctora Olmos que dios la bendiga ya que no represento al salir del consultorio sino unos cuarenta largos tal vez. Pero a ustedes no los voy a engañar porque saben por la firma y fecha de mis cuadros que ya casi desabrigo mi esqueleto porque he trabajado más del doble de lo que acabo de apuntar. Más vale que se callen cuando me vean por ahí y disimulen sorpresa luego de comparar sus caras o las caras de otras personas con la mía reciclada. Por favor no exclamen ¡no puede ser! porque sí puede.